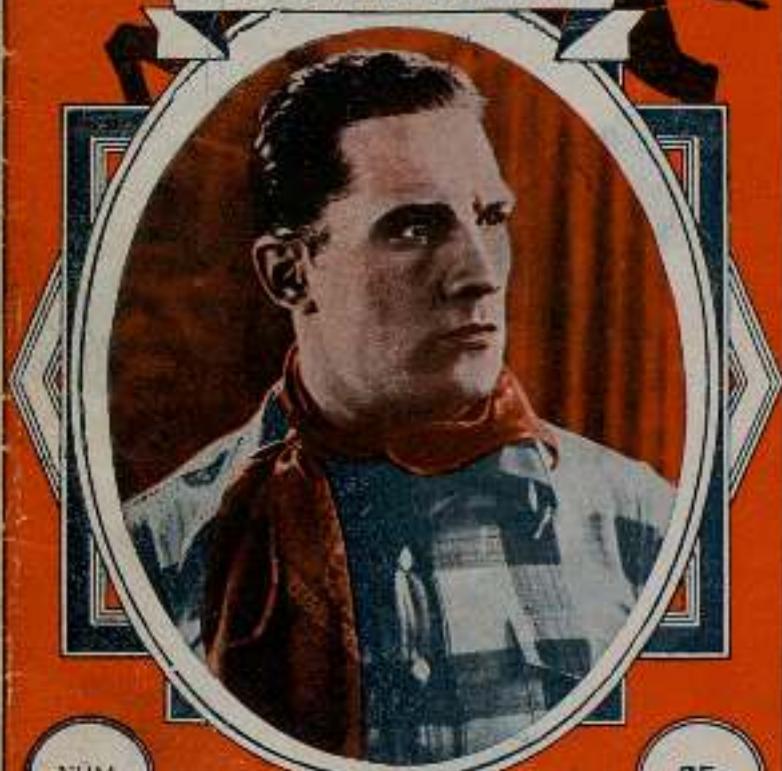


Biblioteca Films

EL RANCHO DE LA MUERTE



NUM.
518

TOM TYLER

25
CTS.

BIBLIOTECA FILMS

DIRECCION PROPIETARIO:
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL
"ALAS"

REDACCION ADMINISTRACION Y TALLERES,
Calle de Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sede: Círculo Español de Librería - Baró, 14 y 16 - Barcelona

AÑO IX

APARECE LOS MARTES

NÚM. 516

El rancho de la muerte

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título interpretada
por el gran actor de la pantalla

TOM TYLER

Narración de ALFREDO DARNELL

EXCLUSIVAS

CINÆES, S. A.

Vía Layetana, 55 Barcelona

ARGUMENTO DE LA PELICULA



PRIMERA PARTE

El rancho de los Kennedy, se hallaba situado en un poblado del Oeste de los Estados Unidos. En otro tiempo el rancho había sido uno de los más importantes de la región, pero al morir el padre del viejo Kennedy, que lo poseía en la actualidad, lo repartió entre sus cuatro hijos. El viejo Kennedy había atravesado épocas de sequía, de enfermedades del ganado, que le habían mermado la hacienda en gran parte, y sus otros hermanos vendieron sus propiedades y se fueron a vivir a la ciudad.

El viejo Kennedy vivía con su nieta Juana, una muchacha de veinte años, animosa y decidida, que se había puesto al frente del rancho y era la que en realidad lo administraba.

Aquella tarde Juana había dado las últimas órdenes para la vigilancia de la noche y entró en el comedor con el semblante preocupado. El viejo Kennedy, al verla entrar alzó la cabeza y le preguntó:

—¿Sucede algo de particular, Juana?

—No, abuelo. Nada de nuevo.

—Te ves siempre preocupada. ¿Has encontrado ya un encargado?

—No. Ayer estuve en la ciudad, pero todos los hombres han oído hablar de lo que sucede y nadie se atreve a encargarse del rancho. Son unos cobardes.

—No te preocupes, ya encontraremos a alguno. Daría cualquier cosa por verte contenta y alegre como antes.

—Lo que me tiene preocupada es solamente eso. Esta situación no puede durar; a excepción de Johnson, no hay un solo vaquero que nos sea fiel. Se burlan de mis órdenes y hacen lo que les viene en gana. Si esto dura mucho tiempo tendremos que vender la hacienda para poder comer.

El conflicto que se había cerrado sobre aquella propiedad intrigaba a todo el pueblo. Desde hacía un año, todos los encargados que habían desempeñado el cargo en la hacienda habían muerto de una manera misteriosa. La finca de los Kennedy se extendía junto a un riachuelo y sus orillas estaban cubiertas de juncos y de maleza. Un día el encargado Babcock apareció muerto con una flecha que le atravesaba el pecho. El hecho causó verdadera emoción y se creyó que sería debido a alguna venganza. Tomaron otro encargado y, al poco tiempo fue encontrado muerto de la misma manera. Entonces se em-

pezó a sospechar de los indios, pues las flechas eran las empleadas por una tribu que se creía ya extinguida por las tropas del ejército.

El tercer encargado murió también junto al río. Entonces fué muy difícil encontrar a alguien que quisiera encargarse del rancho. Sin embargo, un tal O'Ormay, hombre que tenía fama de valiente, se atrevió y a los dos días de habérse hecho cargo del empleo, fué encontrado muerto, con otra flecha idéntica a las anteriores que le atravesaba el corazón.

Ello había ocurrido hacía dos meses y desde entonces, nadie quiso emplearse en el "Rancho de la Muerte", como le llamaban, y muchos vaqueros, temerosos de que aquella extraña venganza se extendiera hasta ellos, habían abandonado la hacienda.

En el café del pueblo, en aquel momento muy frecuentado por vaqueros y empleados de las haciendas, estaban sentados James Mackail, propietario de un rancho cercano al de los Kennedy y John Cody, uno de los empleados y su hombre confianza.

— Señor Mackail—dijo el llamado Cody—, ayer vino de la ciudad el encargado de cobrar la hipoteca.

El semblante de Mackail se nubló y preguntó intranquilo:

—¿Y qué?

—Yo procuré excusarme y le dije que usted tenía entre manos un negocio que le permitiría pagar inmediatamente, pero no qui-

so hacerme caso y amenazó con embargarnos el rancho.

—¿Se fué? — preguntó Mackail.

—Dijo que volvería mañana y que si no le pagaba inmediatamente los tres recibos atrasados, antes de una semana se apoderarían del rancho.

Mackail frunció el ceño y golpeó la mesa con el puño.

—¡Maldita sea! Tenemos que apresurarnos. ¿Por qué no habéis envenenado el agua del pozo, como os mandé?

—No es posible envenenar el pozo — contestó Cody—. No solamente hubiésemos envenenado el ganado, sino que hubiesen muerto sus habitantes, pues sólo hay un pozo y ellos también beben de aquella agua. Si el viejo Kennedy llegase a morir todo se habría perdido.

—Tienes razón — contestó Mackail malhumorado—. Es preciso que mañana demos un golpe de mano. Ya os daré órdenes; si es preciso incendiaremos el rancho.

—Pero, ¿usted no se decide todavía a verlos? — dijo Cody—. He oído decir que van hablado de vender la hacienda. No encuentran a nadie que quiera encargarse del rancho.

—Hoy mismo hablaré con el viejo — dijo Mackail levantándose—. Esta noche os espero aquí. Que vengan también Gregory y Barclay.

—Bueno, señor. Hasta esta noche.

Ambos después de pagar la consumación, se dirigieron a la puerta.

Cuando Mackail iba a atravesar la puerta, un pequeño le dió un empujón y después se deslizó entre sus piernas, haciéndolo tambalear. Mackail quiso estirarle de las orejas pero el muchachuelo corrió hacia una mesa donde un desconocido estaba sentado y se escondió detrás de él.

Mackail se acercó hacia aquella mesa y vió a un joven, cuya fisonomía no recordaba, que le miraba riendo.

—Haga el favor de dejar al muchacho en paz — dijo el otro poniéndose serio.

—Eso será si me parece bien — repuso Mackail.

—Siga usted su camino y no se meta en broncas conmigo porque le puede salir mal — dijo el otro conservando toda la calma y mirando a Mackail a los ojos.

Mackail comprendió que aquel hombre estaba dispuesto a todo, y mordiendo los labios de rabia, le contestó entre dientes:

—La acusación que no se queda en el pueblo. Adiós.

Cuando Mackail hubo abandonado el establecimiento, el muchachito salió de detrás del joven y le dijo riendo a carcajadas, y en medio de la hilaridad de la concurrencia:

—¡Al tío este de la cara de chivo tenías tú

que haberle dado un par de puñetazos en las narices, Tom!

—¡Chispita! ¡Chispita! — dijo Tom Berry, cogiéndole por una oreja.

—¡Ay! ¡Ay! — gritó Chispita quejándose escandalosamente.

—No chilles o te arranco la oreja. ¿Qué dices a poner formalidad? Me metes en cada lío, y alguna vez vamos a salir de algún sitio despedidos a tiros.

—Tom — dijo Chispita tomando un aspecto muy serio y formal —, dejémosnos de trivialidades, ¿qué piensas hacer?

—No sé. Después preguntaré al amo del bar si sabe de algún sitio que necesiten un vaquero.

—¡Dos vaqueros! — rectificó Chispita indignado.

—Bueno: vaquero y cuarto.

Mientras hablaban Tom Berry y Chispita, un vaquero adicto a Mackail oyó la última parte de la conversación que ambos habían sostenido, y haciendo un guiño a otro compañero, se acercaron a la mesa de Tom.

—¡Salud! — dijo el vaquero saludándole.

—Buenas — contestó Tom.

—Perdóneme que me sienta a su mesa, pero acabo de oír la conversación y me ha parecido comprender que usted buscaba un empleo. ¿Me engaño?

—No — contestó Tom —. Efectivamente, busco un puesto de vaquero.



— Chispita, ¿probamos?

—Creo que yo puedo proponerle algo que le interese... si es usted un hombre valiente...

Chispita miró a Tom y se heló a reír estrepitosamente. El vaquero, molesto, dirigió una mirada al muchacho, pero prosiguió:

—El puesto que le ofrezco no es de vaquero, es de encargado de un rancho, ¿qué le parece?

—¿De qué rancho se trata? — preguntó Tom.

—Es el rancho de los Kennedy; se encuentra a dos kilómetros del pueblo. Cualquiera

le dará razón de él. Andan buscando encargado y si usted quiere trabajar seguramente le aceptarán del café.

Los dos hombres se despidieron y salieron. Chispita miró a Tom, interrogante. Este se quedó un momento pensativo y después, alzando los hombros, le dijo:

—Chispita, ¿probamos?

—Probemos—contestó Chispita con aire de hombre importante, a quien se pide consejo en las grandes ocasiones.

SEGUNDA PARTE

Tom Berry y Chispita montaron en sus caballos y después de haberse enterado hacia qué parte caía el rancho de los Kennedy, emprendieron hacia allí sus cabalgaduras.

—Chispita, ¿no encuentras un poco extraño el que nos hayan recomendado tan pronto?

Chispita no contestó, parecía sumido en graves cavilaciones.

—El caso es encontrar algo, ¿qué te parece?

—Ya tengo ganas de dormir en un sitio decente — contestó Chispita—. Mira: me pare-

ce que veo una hacienda: debe ser esa. Está muy descuidada.

Detuvieron los caballos ante una empalizada que rodeaba la casa, y se hicieron anunciar por mediación de un vaquero.

El viejo Kennedy y Juana recibieron con sorpresa la visita de los desconocidos.

—Bien venidos — dijo el viejo Kennedy, saludándoles.

—Buenas tardes — contestaron ambos.

Chispita, que había visto a Juana, miró a Tom y le hizo un guiño, como indicándole que le gustaba la muchacha.

—¿Qué desean? — preguntó Juana.

—Señorita: en el café del pueblo nos han dicho que buscaban ustedes a un encargado y he pensado ofrecerles mis servicios. ¿Ustedes dirán si esto es cierto y si les convengo?

—Si les convinimos — corrigió Chispita.

—Pero... — dijo Juana dudando — ¿Ustedes son forasteros, verdad?

—Sí, señorita — contestó Tom.

—Entonces quizá no estén enterados de lo que ocurre.

Tom y Chispita se miraron sin comprender de lo que les estaban hablando.

—Voy a explicárselo — dijo Juana —. Ese rancho está denominado por "El Rancho de la Muerte" debido a que desde hace un año, todos los encargados que hemos tenido, y han sido cuatro, han sido asesinados junto al río. Creemos que se trata de los indios, ya que

siempre han recibido la muerte por una flecha.

—¿Indios? — dijo Tom sorprendido.
—Pero si desde hace años no existen indios en la región!

Es verdad — repuso Juana —. Pero todos los indios... En fin, ya ve usted que no le habrán informado bien y ahora quizá sea usted quien no quiera quedarse.

Tom y Chispita volvieron a mirarse. Chispita en el fondo tenía miedo, pero al ver la mirada irónica de Tom, se estiró y le dijo con la cabeza que sí.

—Ya ve usted, señorita — dijo Tom sonriendo —, mi valiente compañero ha decidido. Aceptamos.

Juana se puso en pie, mirando fijamente a Tom, como queriendo adivinar ante qué clase de hombre se hallaba. Después le alargó la mano y contestó:

—Sean bienvenidos. Supongo que estarán cansados. Voy a mandar que les sirvan algo de comer. Mañana le pondré a usted al corriente de todo.

Al decir esto, entró un vaquero y le dijo:

—Señor Kennedy: el señor Markail quiere verle. ¿Puedo hacerle pasar?

Markail, al salir del café había montado en su caballo y se había dirigido a su hacienda. Al poco rato de estar en ella llegó Barclay, el hombre que había indicado a Tom Berry

que podía emplearse en el rancho de los Kennedy.

—¿Qué quieres?—le preguntó Mackail de malhumor. Hasta esta noche no tenías que haber venido.

—Perdone, patrón. Yo estaba en el café cuando usted se ha disputado con un desconocido. Le he propuesto que vaya al rancho de los Kennedy para emplearse como encargado.

Los ojos de Mackail brillaron satisfechos. Pensó inmediatamente que una nueva víctima haría decidirse a los Kennedy a vender el rancho, y por otra parte no le desagradaba deshacerse de aquel hombre, que se había atrevido a plantarle cara.

—Bien, Barclay; te felicito. Mañana mismo hay que dar el golpe. Como otras veces, ¿comprendes?

—Comprendido, patrón — contestó Barclay sonriendo.

—Pasa esta noche por aquí con Gregory y Cody. Hasta luego.

Mackail, muy satisfecho del rumbo que tomaban sus asuntos, montó en su caballo y se dirigió al pazo al rancho de los Kennedy.

Mackail había empleado todos los medios para apoderarse del rancho. Primero había hecho el amor a Juana, que le había rechazado sistemáticamente; después ideó el arriar el rancho. Para ella no había parado mientes en los procedimientos a emplear.

El había hecho enfermar el ganado, había incendiado sus cosechas, y había hecho dar muerte a los encargados del rancho. Ahora, a recoger los frutos.

Mackail entró en la casa y después de mirar a Tom Berry, saludó cortemente a Juana y al viejo.

—Buenas tardes — dijo —. Celebro haberles encontrado en casa. Debaba visitarles desde hace días, pero he estado muy ocupado.

Juana le había devuelto el saludo friamente. Aquella visita parecía desagradarle. Tom se dio cuenta y como vio que Mackail no hablaba esperando que él se retirara, se dirigió hacia la puerta.

—Quédese; haga el favor—se apresuró a decir Juana dirigiéndose a Tom—. Usted es ya el encargado y conviene que empiece a ponerse al corriente de todos los asuntos. Siéntese, haga el favor.

Mackail miró a la muchacha inquieto y sentándose a su vez dijo al viejo Kennedy:

—Señor Kennedy: vengo a proponerle un asunto que quizá puede interesarle.

—Usted diga—contestó el viejo.

—Verá usted: Desde hace mucho tiempo tengo grandes proyectos respecto a mi finca. Se trata de agrandarla, de ampliar los establos y de comprar más rees. Todo ello no es posible si usted no se aviene a venderme su rancho. ¿Qué le parece?

Juana al oír aquello se acercó al viejo y se

sentó a su lado mientras miraba a Mackail, asustada.

—Yo... la verdad... nunca había pensado... —dijo Kennedy.

—Le doy cinco mil dólares. Usted ya sabe que le ofrezco ese precio debido a la amistad que siempre nos ha unido, y a que los conozco desde hace muchos años. Nadie le hubiese ofrecido ni la mitad de lo que yo le ofrezco. La fama de su rancho es detestable, debido a lo que en él ha sucedido... usted ya lo sabe.

El viejo miró a Juana. Cinco mil dólares era una cantidad que él nunca había soñado que le llegaran a dar por la finca.

—¿Cinco mil dólares? —exclamó el viejo.

—Abuelo —dijo Juana con voz imperativa— No lo vea.

—Señorita —dijo Mackail— supongo que el rancho es de su abuelo, usted es muy joven todavía y no debe darle consejos.

El señor Kennedy, que aderriba a su nieta, se alzó del asiento y dijo:

—Señor Mackail, agradezco su oferta, pero le advierto que mi nieta es la que administra el rancho y a ella corresponde decidir. Ya ha oído usted la contestación.

—Señor Kennedy: quizá se arrepienta de lo que está usted haciendo —dijo Mackail furioso.

—No es usted quien para dirigirme amenazas. ¿Me oye usted? Puede retirarse.

Chispita corrió hacia la puerta y la abrió

mientras indicaba a Mackail, con un gesto, que podía salir. Mackail le miró rabioso y poniéndose el sombrero salió apresuradamente, dispuesto a vengarse.

Juana acompañó a Tom Berry y a Chispita a sus habitaciones. Chispita, que vió que les había escogido dos cuartos separados, se acercó a la muchacha y le dijo:

—Señorita: yo querría pedirle un favor; usted que es tan guapa y tan simpática, estoy seguro que me lo concederá.

A Juana le había hecho mucha gracia el muchachuelo y le contestó:

Concedido; ¿qué quieres?

—Yo querría dormir en el mismo cuarto que Tom. Nunca me separo de él. Podría necesitarle, ¿sabe usted?

Juana se echó a reír.

—Bien, te haré poner una cama en su dormitorio, ¿estas contento?

—Sí, señorita. Ahora déjeme decirle otra cosa.

—Me has pedido un favor —dijo Juana sonriendo— no des.

—No es un favor, es una advertencia. No se fíe de ese río de las barbas de chivo. Há hecho usted muy bien de echarle de su casa. Si le sucede algo con él se lo digo a Tom y él le pegará dos puñetazos, y ya no la molestará más: es muy valiente.

Juana se dirigió al encuentro del viejo



- Señorita, no se asuste, soy yo.

Kennedy a quien encontró preocupado.

—¿Qué está pensando, abusto? — le dijo pasándole un brazo por el cuello.

—No tenemos dinero, Juana. Quizá hemos hecho mal en no vender la hacienda a Mackail; dentro de poco tiempo tendremos que

ir a suplicarle que se la quede por lo que nos quiera dar. Además, es un hombre peligroso.

—No tema, abuelo. Ya nos arreglaremos: todo antes quearnos por vendidos.

—Juana: eres muy decidida, pero aquí hace falta un hombre para arreglar todo esto. Tú eres animosa, pero esto no basta.

—Abuelo: voy a decirle una cosa. Sé que Mackail está arruinado. Me lo ha dicho el empleado del Recaudador de Contribuciones. Tiene la hacienda hipotecada y se la van a embargar. ¿Con qué dinero nos iba a comprar el rancho? Dígame.

—¿Es verdad eso que dices? — preguntó el viejo más intrigado todavía.

—Sí, es verdad. Mackail tiene algún plan y tenemos que descubrirlo. Mañana hablaré con el nuevo encargado. ¿Qué te ha parecido?

—Parece simpático — dijo el viejo —. Ya sabes que no suelo equivocarme con mis vaqueros. Pero temo por él. Acuérdate...

—Calle, abuelo... Quizá pronto logremos descifrar todo esto.

Aquella noche Juana estaba intranquila. Después de cenar y una vez quedó el rancho en silencio, buscó ella unos papeles que guardaba en su habitación y los extendió ante sí, cavilosa. Hacía calor y, a pesar de tener las ventanas abiertas no podía respirar. Decidió entonces salir a dar una vuelta y, de paso, dar una ojeada al ganado.

TERCERA PARTE

Al llegar Juana cerca del lugar donde se guardaban las ovejas vió una sombra que se movía.

—¿Quién anda por ahí? — gritó Juana sin arredrarse.

—Señorita: no se asuste, soy yo—dijo Tom acercándose a ella.

—¿Usted? Creí que estaba acostado — dijo Juana.

No, señorita. He querido dar una vuelta por el rancho. Por cierto que he tenido que despertar a puntapiés a dos vaqueros de los que montan la guardia. Mañana los reuniré y pondremos todo esto en orden.

—Gracias—dijo Juana—. Veo que es usted un hombre animoso. ¿No le han asustado los informes que le he dado sobre el rancho?

Juana y Tom se habían puesto a pasar por el rancho. La luna estaba casi llena y se veían perfectamente. Se había levantado un ligero airecillo y daba gusto estirar las piernas.

—¿No me ha contestado usted? — dijo Juana.

—Estaba pensando justamente con lo que

usted me había dicho. Con franqueza, ¿quiere usted contestarme a una pregunta?

—Diga—respondió Juana.

—¿Cree usted que son los indios los que han causado la muerte de los anteriores encargados?

—Nunca he podido descifrar ese enigma—dijo Juana pensativa.

—Yo estoy segura de que estas flechas están destinadas a despistar a las autoridades. ¿Qué opina el sheriff?

—El sheriff siempre ha creído que eran los indios.

—Bien. Yo hablaré con él. Es extraño sin embargo.

Juana parecía callada. Tom, de pronto se detuvo, y mirándola a los ojos, le preguntó:

—Señorita: usted me oculta algo. Sea enteramente sincera conmigo...

Juana bajó la vista, y después, como quien decide de responder, le dijo:

—Escucheme. Al verle a usted he comprendido que me hallaba ante un hombre de verdad. No creo que me equivoque, sino, tanto peor. Voy a confesarle a usted un secreto que no me he atrevido a confesar ni a mi abuelo. ¿Promete usted ayudarme?

—Se lo prometo. Usted no me conoce, pero le aseguro que no tendrá que arrepentirse. Diga.

—Bien. Hace cerca de un año, que revolviendo los papeles de mis antepasados encon-

tré unos planes. En ellos se hablaba de unos yacimientos de petróleo que debían hallarse cerca del pozo junto al que han aparecido muertos los otros encargados y que se halla situado junto al río. Como no teníamos dinero para explotarlos guardé el secreto. Poco tiempo después empezaron las calamidades a cercarse sobre nosotros. Esto es todo.

Tom permaneció un rato callado. Después dijo:

—Agradezco su confianza en mí. Ha hecho bien en decirme esto. Quizá pronto tengamos el hilo que ha de desenredar esta madeja. Ante todo tiene usted que convencer a su abuelo para que no venda el rancho. Si es necesario...

—¿Qué?... —dijo Juana.

—Nada. Quiero decir que haré lo posible para ayudarlo. No me guíe ningún afán de lucro. He venido por aquí, cansado de la vida de la ciudad. De cuando en cuando, siento en mi interior un imperativo deseo de salir al encuentro de la vida. Mi carácter nómada no me permite permanecer mucho tiempo en el mismo lugar. Cuando logremos desenmascarar a los culpables, si, como parece, hay alguno, volveré a marcharme a otras tierras, a otro sitio.

—¿No tiene usted familia?—le preguntó Juana.

—No. Mis padres murieron hace poco tiempo. Mi único compañero es Chispita, ese mu-



A la mañana siguiente...

chachito que me acompaña. El también está solo y me quiere como a un padre.

—Y... ¿no tiene usted casa?

—Sí, allá en la ciudad tengo una casa, pero no sé vivir allí. Quizá algún día compre una hacienda, mientras, me encanta esta

vida azarosa. Cuando me levante por la mañana puedo preguntarme qué sorpresas me reservará la vida.

—Pero usted cambiará—dijo Juana—; el día que se enamore de alguna muchacha que la quiera, usted olvidará esas cosas.

—¡Bah!—dijo riendo Tom—, los hombres como yo no tenemos a nadie que nos quiera.

A la mañana siguiente, Tom, después de haber reunido a los vaqueros y de haberles dado órdenes concisas y severísimas, llamó a Chispita.

—Oye—le dijo—, yo me voy al pueblo, tengo que hablar con el sheriff. Tú te quedarás aquí. Vigila todo esto y si ves algo que no vaya bien, dímelo.

—Ayer noche—dijo Chispita—, si como te marchabas y que pasabas con la señorita Juana. Me parece que te ha gustado.

—Haz el favor de ocuparte de tus cosas, ¿me oyes?

—Bien. Pero te advierto que esa muchacha es muy guapa y que te cazará.

Tom quiso pegarle un cachete pero Chispita se escondió debajo de la cama.

Salió y Tom, montado en su caballo, se dirigió hacia el pueblo. Una vez en él preguntó por la casa del sheriff y allí le dijeron que se había ausentado, pero que seguramente no tardaría en volver. Así sucedió y al poco rato llegó el sheriff montado a caballo y cu-

bierto de polvo. Al ver a Tom hizo un gesto de extrañeza y le invitó a pasar a su despacho.

—¿Quién es usted?—preguntó el sheriff a Tom.

—Tom Berry, para servirle. Descaba saludarle y de paso preguntarle su opinión sobre ciertos hechos ocurridos en el rancho de los Kennedy, y de los que le sé enterado.

—¿Con qué objeto me pregunta usted eso?—preguntó el sheriff frunciendo el ceño.

—Soy el nuevo encargado del rancho. Usted sabe cómo han muerto mis antecesores y puede comprender que yo no quiero dejarme asesinar, sin procurar defenderme.

El sheriff parecía estudiar al visitante. Tardó un momento en hablar y después dijo:

—Vaya con cuidado. Mi opinión es la de que merodean por los alrededores algunos restos de una tribu de indios.

Tom se puso en guardia al oír esto. La actitud del sheriff empezó a parecerle sospechosa.

—Me extraña que usted crea esa patraña. No comprendo que se no responde a ninguna idea lógica. Los indios hubiesen procurado robar alguna cabeza de ganado. ¿Con qué objeto hubiesen hecho morir a cuatro hombres, sin que eso les proporcionase beneficio alguno?

—Perdone—interrumpió el sheriff—, parece que pretende usted someterme a un inte-

rogatorio, para ejercer una crítica sobre mis celos, y eso no estoy dispuesto a consentirlo.

Tom se puso en pie y, sin decir ni una sola palabra más, salió con la mano y salió del despacho del sheriff.

Cuando se dirigía hacia el rancho vió a lo lejos una columna de humo, que partía precisamente de allí y obligó a su caballo a que galopase en aquella dirección.

Momentos después se daba cuenta de que una parte de la cosecha amontonada cerca del rancho estaba ardiendo. Saltando de su caballo encontró a los vaqueros que corrían desolados de un sitio para otro, sin saber qué determinación tomar, e inmediatamente organizó lo necesario para la extinción del fuego, cosa que lograron después de muchos esfuerzos.

—¿Qué ha sucedido? — preguntó Tom una vez sofocado el incendio, a Juana.

—No sabemos — dijo Juana—. A los pocos momentos de marcharse usted, Johnson se dió cuenta de que el trigo estaba ardiendo.

Tom no respondió y se dirigió hacia su cuarto. Tras él fué Chispita.

—Oye, Tom — dijo el pequeño—. ¿Cuándo has llegado al pueblo, has visto al sheriff?

—Sí. ¿Por qué me preguntas eso?

—Porque yo había salido a dar una vuelta más allá de la empalizada, y me pareció ver

a un hombre que esperaba a otros dos que se le juntaron después, y que seguramente fueron los que prendieron fuego y juraría que se trataba del sheriff.

ULTIMA PARTE

Dos días después se encontraron Juana y Tom junto al pozo cercano al río.

—¿Qué hace usted aquí — preguntó Juana con el semblante alterado.

—¿Se preocupa usted por mí, señorita? Muchas gracias, pero no tema. Sabré defenderme. Me parece tener entre las manos el hilo de la intriga. Quizá esta misma noche sabremos algo.

—Tom! vaya con cuidado. Temo por usted. Cualquier imprudencia puede serle fatal. Casi estoy por aconsejarle que nos deje, que se marche. Nosotros venderemos el rancho y nos iremos lejos. Estamos casi arruinados.

—Señorita: valor. Usted es animosa y tiene que tener confianza en mí. Ahora voy a hacerle a usted una advertencia. Si ve usted que me he marchado y que tarde unas horas en volver, no se preocupe en lo más mínimo. ¿Me promete quedarse tranquila?

Juana le dió la mano que él guardó un momento entre las suyas, sin que ella hiciera nada por rechazarla y después se separaron.

Tom llanó a Chispita hacia el mediodía y le dijo:

Escucha: me voy a la ciudad. Con mi caballo tardaré tres horas en ir y otras tres en volver. No debes decir a nadie dónde estoy. Piensa que las paredes tienen oídos y que una sola palabra tuya podría dar al traste con mi empresa. De tu silencio depende quizá la vida de todos los del rancho. ¿Me prometes hacer lo que te digo?

Chispita contestó de malhumor:

—¿Tienes desconfianza en mí?

—No, hombre.

—Sí. Cuando me dices una cosa siempre la cumplo al pie de la letra, pero esta vez no has tenido confianza en mí y has querido arrancarme una promesa. Pues bien: si no me contestas a lo que te voy a preguntar, diré a todos lo que me acabas de contar.

—Oye, Chispita, ¿te has vuelto loco?

—No, señor. ¿Me contestas?

—Venga, di.

—¿Estás enamorado de Juana?

—¿Qué dices?

—Contéstame ahora mismo.

—No lo sé — contestó Tom como si hablase consigo mismo.

Chispita se puso a dar saltos de alegría.

—Eso quiere decir que sí. ¡Oh, Tom! ¡Qué contento estoy! Vete tranquilo.

Tom montó en su caballo y se dirigió hacia la ciudad. A las tres de la tarde llegó allí y se dirigió al acantonamiento del ejército, donde contó al Oficial lo que sucedía y le pidió un refuerzo de soldados.

—Me es imposible mandárselos ahora mismo — dijo el Oficial, que conocía la probidad y la honradez de Tom y quería servirle, — pero le doy mi palabra de honor que antes de una hora saldrá un destacamento hacia el lugar que usted me ha indicado.

Tom dió las gracias al Oficial y emprendió el regreso. Su caballo empezaba a dar muestras de cansancio, pero Tom le animaba con palabras cariñosas y golpeando con la palma de la mano, de vez en cuando, la cabeza del noble animal, que tantas veces le había sacado de apuros, y que en más de una ocasión le había salvado la vida.

Cuando llegó al rancho encontró a todos intranquilos por su ausencia, pero se excusó pretextando ciertos asuntos en el pueblo.

Después de cenar, ordenó que todos se fuesen a dormir, pues pensaba montar la guardia él mismo.

Aunque la luna estaba en su cuarto menguante, se veía lo suficiente para no hacer necesario llevar consigo ninguna luz. Tom dió una vuelta a la finca y después se acercó al río que atravesó por cierto sitio que había

un vado. Había cogido su caballo y lo conducía por la rienda. Una vez en la otra orilla lo aló a un árbol y él se dirigió hacia el lugar donde se podía dominar el pozo con la vista. De pronto oyó un pequeño ruido y vio a dos hombres agazapados tras unas matas. Tom, al avanzar, hizo ruido y los hombres se volvieron. Tom les dió el alto, pero entonces sonó un disparo desde detrás de un árbol cercano dando otro hombre cercano, en quien pudo reconocer a Mackail, había disparado. Tom se sintió herido en el brazo, y al verse acorralado corrió a su caballo y emprendió la fuga.

Los otros tres hombres hicieron lo mismo y empezó una lucha desesperada. El caballo de Tom, cansado por la caminata de la tarde, no podía dar de sí todo su esfuerzo. Comprendiéndolo así, Tom se dirigió hacia la carretera con la esperanza de encontrar a las tropas que venía en su ayuda.

Sin embargo, el caballo acortaba la marcha y Tom comprendió que pronto caería al suelo. Entonces saltó a tierra y, agazapándose tras de unas rocas, pensó en hacerse fuerte.

Los perseguidores se dieron cuenta de la maniobra de Tom y bajaron de sus caballos. Empezaron un vivo tiroteo contra él. En esto, a lo lejos, se oyó el ruido de unos caballos y Tom pudo distinguir a las tropas del ejército.

Los perseguidores, viéndose perdidos, se dieron a la fuga con dirección al rancho. Sin embargo, ahora la distancia era corta y los



- ¡El sheriff!

disparos de la tropa hirieron a Mackail y a otro de sus vaqueros, que cayeron al suelo, pudiéndose escapar solamente uno.

Tom bajó del caballo para reconocer a Mackail, pero éste había muerto de un tiro en el corazón.

De pronto oyeron todos una formidable explosión y una columna de humo y llamas se alzó hacia el cielo. La casa de los Kennedy estaba ardiendo.

Tom, angustiado, dijo:

—Aprisa: ¡El rancho está ardiendo!

A galope tendido se dirigieron todos hacia el rancho. Los animales corrían como locos y habían roto las vallas, dispersándose por el campo, y cuando llegaron la casa era tan sólo una horrorosa hoguera.

Chispita se adelantó a su encuentro y gritó:

—Tom! Todos están a salvo.

Efectivamente. Los vaqueros contemplaban aterrorizados el incendio de la finca, rodeando al viejo Kennedy que lloraba abrazado a Juana, que intentaba consolarle.

—No se apure — dijo Tom—. Después Juana le contará. Mañana mismo empezaremos a reconstruir la casa.

Tom se llevó aparte a Juana y le dijo:

—¿Qué ha pasado?

—Cuando usted se fué pocos nos tiró y salimos todos de la casa.

Al poco rato ésta empezaba a arder y se oyeron unos disparos dirigidos contra nosotros. Johnson logró salvar una escopeta y mató a un hombre de los que ponían fuego. ¿No sabe quién era?

—No — contestó Tom.

—¿El sheriff!

—Me lo suponía — dijo Tom.

—Esencho, Tom — dijo Juana—. Usted ha dicho que mañana empezaremos a reconstruir la casa.

Tom se acercó a ella y le cogió una mano.

—Señorita Juana, yo tengo algún dinero:



—Señorita Juana, yo quiero ser el padrino de boda.

se lo ofrezco. Antes no me atrevía a decirselo. Contéstome ahora sinceramente. Yo la quiero.

—¡Tom! — dijo ella estrechándose contra él—, yo también le quiero. Prométame no marcharse nunca más de aquí.

—No, Juana. No me marcharé. Si usted me quiere, reconstruiremos la casa, y después buscaremos los yacimientos de petróleo. Serán para nuestro pequeño, ¿no?

—Sí, Tom — dijo ella juntando sus labios a los de él.

Cuando estaban así, Chispita les gritó desde lejos:

Señorita Juana, yo quiero ser el padrino de boda.

Juana y Tom le hicieron un gesto cariñoso.

FIN

CUIDADO !!!!

que viene...

KING-KONG

AYER COMO HOY

HOY COMO MAÑANA



BIBLIOTECA FILMS
Y
FILMS DE AMOR

son las invitadas
novelas cinematográficas que

NI ENVEJECEN
NI DESAPARECEN
ESTAS SON LAS PRUEBAS:

El signo del Zorro
Las dos niñas de París
Los Nibelungos
Los dos pilletes
Ben-Flur
El desfile del amor
Luces de Buenos

Aires

EL ÉXITO DE HOY

EL SIGNO DE LA CRUZ

Pida hoy mismo el CATALOGO GENERAL ILUSTRADO,
SUPLEMENTO del mismo y el HERALDO de novedades a

Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona